



LA HORMIGUITA
CANTORA Y EL
DUENDE MELODÍA

Alicia Morel

Zig-Zag

LAS HOJAS SECAS



Era otoño. Casi no quedaban árboles verdes en el bosque. Todas las hojas estaban rojas o amarillas y caían, una a una, como grandes manos viejas... El hongo donde vivía el Duende Melodía estaba cubierto por una manta de hojas crujidoras. Los insectos iban y venían entre ellas, apurados en hacer sus casas para el invierno. El Duende Melodía, con su experiencia de cien años, trabajaba también. ¿Saben ustedes en qué consistía el trabajo del viejo Duende? Era algo muy divertido: juntaba sol para el invierno. Y ¿saben de qué manera lo hacía? Pues, se tendía al sol sobre una hoja seca, hasta que se le llenaban los bolsillos; entonces corría a su callampa y vaciaba el sol en sus frascos y retortas de cristal, tapándolos con un poco de barro. Los frascos brillaban en las oscuras alacenas con fantásticas luces doradas. Luego, el Duende volvía a tenderse sobre la hoja seca, y con el dulce calor del otoño le daban ganas de dormir.

La Hormiguita Cantora andaba por esos lados, muy atareada, juntando provisiones para el invierno. De pronto vio a su amigo, el Duende Melodía, tendido al sol, durmiendo. Esto la escandalizó un poco, y le dijo:

–Pero tú, ¿qué haces,
acostado al sol,
flojeando, flojeando,
como un caracol?

El Duende, herido en su amor propio, contestó:

–Yo no estoy flojeando, Hormiguita; estoy juntando sol para el invierno. Primero me lleno un bolsillo y luego el otro, y voy corriendo a guardarlo en mis frascos de cristal. Así tendré con qué calentarme cuando haga frío.

La hormiguita movió la cabeza, no muy convencida aún de aquel trabajo, y cantó:

–Ojalá no tengas
los bolsillos rotos,
y el sol se te caiga
de poquito a poco.

–No, no tengo los bolsillos rotos, porque ayer me los zurció mi vecina, la Araña. Además de juntar sol, he estado pensando... ¿Sabes tú, Hormiguita, dónde van las hojas secas cuando se las lleva el Viento?

La Hormiguita no alcanzó a contestar; la hoja seca sobre la cual estaban sentados empezó a moverse y a crujir. Antes de que nuestros amigos pudieran bajarse,

se echó a volar, aprovechando una racha de viento. Muy asustados, la Hormiguita y el Duende se sujetaron a la hoja, que no tardó en elevarse, arrastrada por un fuerte ventarrón.

Muchas otras hojas volaban también junto a ellos. Los árboles del bosque se iban desnudando y quedando atrás, friolentos, con sus esqueletos al aire.

—Ahora sabrán dónde vamos— gritaban las hojas, volando y crujiendo.

No tardaron en dejar atrás el bosque. Al poco rato, al mirar hacia abajo, nuestros amigos vieron que volaban sobre una gran ciudad. Se divisaban las casas y las calles, como si fueran de juguete. Esta ciudad era Santiago. La Hormiguita y el Duende vieron pasar bajo ellos la iglesia colorada de San Francisco, el cerro Santa Lucía, con el cañón que da las doce; la Plaza de Armas, la Estación Mapocho, y siguieron volando rumbo al norte, con tal fuerza que parecía que jamás se detendrían. El Viento torció de repente y pasó muy cerca del cerro San Cristóbal, con su carga de hojas. Era para hacerle un saludo a la Virgen.

Después de cambiar muchas veces de dirección, el Viento dobló hacia la cordillera. Su gran voz ronca gritaba, soplando entre las montañas:

—¡Abran paso, que aquí vengo yo, el Viento del Otoño! ¡Abran paso, que vengo con mi cargamento de hojas secas!

La Hormiguita y el Duende vieron cómo, al paso del Viento, los cerros se agachaban. Llegaron por fin a un profundo y escondido valle, donde el Viento se detuvo, echándose al suelo y desparramando a su alrededor, como una gran capa dorada, su carga de hojas secas. El Viento sopló por última vez antes de meterse en una quebrada, a dormir hasta el otro otoño:

—¡Ya cumplí mi tarea de este año! Ahora quiero dormir. Estoy cansado, porque las hojas secas eran muchas y pesaban sobre mis alas y mis espaldas...

Arrastrándose con sus últimas fuerzas, el Viento del Otoño se metió en la quebrada y se durmió.

Entonces, al verse lejos del bosque, lejos, muy lejos de su hormiguero, y sin saber cómo volver, la Hormiguita Cantora se puso a llorar. Para colmo de desdichas, al Duende Melodía se le había quedado la magia en la casa. En los bolsillos sólo tenía sol en abundancia. A su alrededor, las hojas secas dormían, miles y miles de hojas, venidas de todas partes del mundo. Era aquí, a este escondido valle cordillerano, donde el Viento las traía. La Hormiguita y el Duende lo sabían ahora, pero... ¿Cómo podrían volver al bosque?

De pronto, una inmensa sombra cayó sobre ellos y pensaron que tal vez se había hecho de noche, porque en las montañas llega más temprano. Pero no, no era

de noche. Un graznido los hizo estremecer, y vieron junto a ellos un enorme pájaro que los miraba con ojos penetrantes. Era un Águila, y el Duende se asustó terriblemente y cubrió a la Hormiguita con sus brazos. El Águila lanzó otro graznido y saludó al Duende muy alegre:

—¡Hace cincuenta años que no te veía, Duende Melodía! ¿No te acuerdas que yo era apenas un aguilucho cuando caíste en nuestro nido y casi te comí? Mi madre alcanzó a advertirme que eras un Duende importante...

La sorpresa del Duende fue grande, y su alegría, mayor, porque había encontrado una amistad en aquellas soledades. Estrechando una garra del Águila, dijo:

—¡Cómo no me voy a acordar de ti, cuando pasé un susto tan grande! ¡Pero qué bueno haberte encontrado! ¡Tú nos puedes llevar de vuelta al bosque, donde vivimos!

—Con mucho gusto lo haré —contestó el Águila—; sujétense bien de mis plumas, para que no se caigan.

El Duende y la Hormiguita se sujetaron con todas sus fuerzas a las negras plumas del Águila, que en rápido y poderoso vuelo cruzó los cerros y la ciudad de Santiago, y llegó al bosque donde se encontraban el hongo y el hormiguero. Entonces sacudió sus plumas y

dejó caer al Duende y a la Hormiguita entre la hierba. En agradecimiento, el Duende Melodía regaló al Águila la mitad del sol que tenía en los bolsillos, y el Águila se lo tragó, poniéndose más hermosa y más fuerte. Luego se alejó volando, rápida y silenciosa como una gran sombra.

La Hormiguita Cantora, de pura felicidad de estar de vuelta en su casa, se puso a bailar y a cantar. El Duende, para no ser menos, se puso a dar saltos en torno al hongo, con lo que se le cayó de los bolsillos el resto de sol que le quedaba.

Así fue que al día siguiente, cuando el Duende Melodía se tendió de nuevo al sol para llenarse de calor los bolsillos, tuvo buen cuidado de no hacerlo encima de las traicioneras hojas secas.

LA ESCUELITA DEL DUENDE MELODÍA



Un día la Hormiguita Cantora salió a buscar azúcar para las bodegas de su Reina. Como de costumbre, iba cantando muy contenta.

–Busco, busco, busco
dulce azúcar flor.

Y por más que busco,
no la encuentro yo.

Una Cucaracha se atravesó en el camino de la Hormiguita y, al oír su lamento, se detuvo, diciéndole amablemente:

–Disculpe, Hormiguita Cantora, pero yo no sé dónde puede encontrar azúcar, porque no sé leer ni escribir.

–¡Por Dios, qué vergüenza!

¡No sabe leer!

¿Cuántos años tienes,
se puede saber?

–Tengo doce días y medio –contestó la Cucaracha, agachando la cabecita.

–Es una pena

que estés tan vieja,
porque ya tienes
cabeza añeja.

–Sí –contestó la Cucaracha–, ya tengo la cabeza añeja...; pero me gustaría que mis hijitas aprendieran a leer y escribir. ¿Sabe usted dónde habrá una escuelita?

–Pues hay en un hongo,
cerquita, cerquita;
llegarás muy luego
con tus seis patitas.

Y después de decir esto, la Hormiguita se despidió de la Cucaracha, y ambas se hicieron muchos saludos con las antenas. La Hormiguita continuó su camino, preguntando dónde habría azúcar flor. Una mariposa que estaba parada sobre la hierba, al oír la pregunta, le contestó:

–Yo puedo decirte dónde hay azúcar flor, “Hormiga Cantorita”; yo me alegro de oír tu voz, “Hormiga Cantorita”, y te ayudaré.

La Hormiguita se apresuró a explicarle a la Mariposa que su nombre era Hormiguita Cantora. La Mariposa, muy confundida, le pidió disculpas:

–Perdóname, Hormiguita Cantora; yo siempre digo los nombres de las personas y las cosas al revés, porque no sé leer ni escribir.

–Si vuelas tan alto
como un serafín,
¿cómo es que no sabes

leer y escribir?

Muy avergonzada, la Mariposa explicó:

–Yo no he aprendido a leer y a escribir, por llevarme volando de una flor a otra. ¿Sabes tú donde hay una escuelita donde yo pueda ir?

–Pues hay en un hongo
cerquita, cerquita;
puedes ir volando
con tus cuatro alitas.

–Gracias, “Hormiga Cantorita” –contestó la Mariposa—. Ahora te diré dónde puedes encontrar azúcar flor: caminas para acá y para allá y en la vuelta encontrarás la flor del suspiro. Adentro de esta flor hay grandes cantidades de azúcar.

La Hormiguita agradeció a la Mariposa, y cada una partió por su lado: una volando, la otra corriendo. Pero las señas que había dado la Mariposa eran enredadas, de modo que en cuanto la Hormiguita halló a un conocido, volvió a preguntar si él sabía dónde había azúcar flor. El conocido dio un salto, pues era un Sapito, y con una sonrisa de oreja a oreja, dijo:

–Yo sé dónde hay azúcar, pero quisiera que me cantaras otro poquito. ¡Me gusta tanto tu voz! ¡Se ve que eres una persona educada!

–Yo sé leer,
yo sé escribir,
y el ABC

yo sé decir.

–¡Quién como tú, que sabes leer y escribir! –gritó el Sapito–. Yo no sé ni siquiera las letras. ¿Sabes tú dónde hay una escuelita para que yo pueda ir?

–Pues hay un hongo
cerquita, cerquita.

Puedes ir saltando
sobre tu pancita.

El Sapito, muy agradecido, explicó entonces a la Hormiguita dónde podía encontrar la flor del suspiro.

–Das cuarenta pasitos para adelante; después, cuarenta pasitos para atrás, y ahí encontrarás la flor del suspiro. Eso sí, ten mucho cuidado que con un suspiro la flor te sople lejos.

Prevenida por esta advertencia, la Hormiguita dio cuarenta pasitos para adelante y cuarenta para atrás, y encontró la flor del suspiro, que estaba azul y lacia de puro sentimiento. A cada instante lanzaba chorros de aire, barriendo el polvo frente a ella. Aprovechando un momento de calma, la Hormiguita se metió adentro de la flor y sacó todo el azúcar que pudo. No tuvo necesidad de apurarse en salir, porque en ese momento la flor suspiró, haciéndola volar por el aire. Volvió a su hormiguero un poco atontada, pero feliz, porque las bodegas de su Reina tendrían, desde ahora, azúcar en abundancia.

A todo esto, el Duende Melodía no se imaginaba

que la Hormiguita Cantora le había conseguido una cantidad de alumnos. Cuando se asomó a la puerta de su casa, para ver cómo estaba el día, vio que varios pares de ojos lo miraban. Eran tres Cucarachitas jóvenes, la Mariposa y el Sapito, todos sentados frente al hongo, esperando que el Duende les enseñara a leer y escribir. La Mariposa, que, aunque era la más delicada, no era por eso la más tímida, se adelantó abriendo sus hermosas alas, y dijo:

–Hemos venido a verlo, señor Duende, porque la “Hormiga Cantorita” nos ha dicho que usted nos puede enseñar a leer y escribir.

–Hormiguita Cantora querrás decir –corrigió el Duende–. Me parece muy bien que quieras aprender, y aunque yo soy un Duende muy ocupado, les enseñaré toda mi ciencia.

Todos dieron gritos de felicidad, pero el Duende los calmó diciendo con voz enérgica:

–Empezaremos la clase inmediatamente. En primer lugar, tocaremos la campana, y en segundo lugar, se quedarán ustedes callados.

La Mariposa juntó sus alas, el Sapito cerró la boca y las Cucarachitas procuraron tener sus patitas tranquilas. Entonces el Duende tocó la campana y empezó la clase. Alisándose la barba, donde tenía toda su sabiduría, el Duende miró a sus alumnos, y dijo:

–Lo primero que voy a enseñarles es la canción de

mi escuelita.

El Duende sacó pecho y entonó:

–Me voy, me voy al colegio,

lará, lará, larí;

me voy, me voy al colegio,

feliz, feliz, feliz.

Todos los alumnos la aprendieron pronto y muy bien, menos la Mariposa, que en vez de decir colegio, decía “cogelio”, y en vez de decir feliz, decía “cefil”, lo cual era bien distinto. El Duende la miró con disgusto y la amonestó severamente:

–Para la próxima clase tendrás que cantar la canción al derecho. Ahora les enseñaré las letras vocales. El que no las aprende se queda de burro. ¡LETRAS VOCALES, AVANCEN!

Ante este grito y ante el asombro de los alumnos, salieron de la callampa del Duende cinco letras gordas, que decían por turno sus nombres: A – E – I – O – U.

Después de formarse en fila, las letras esperaron las órdenes del Duende Melodía. Todos los alumnos estaban con las bocas abiertas, pensando que estas letras eran muy gordas para que les cupieran en la cabeza.

El Duende les dijo:

–Miren bien las cinco letras vocales, y no las olviden nunca. A ver, Sapito, dígalas.

El Sapito, muy confuso, tartamudeó un poco y

no pudo nombrar ninguna letra, con lo que las cinco vocales se pusieron a llorar sin consuelo. Para consolarlas, todos los alumnos tuvieron que gritar varias veces: ¡a – e – i – o – u! Entonces las letras rieron felices. Fue tanto lo que repitieron y repitieron los alumnos los nombres de las vocales, para verlas reírse, que éstas se cansaron y empezaron a quedarse dormidas. El Duende las hizo entrar al hongo para que descansaran, y con esto terminó la clase. En ordenada fila se fueron las Cucarachitas, la Mariposa y el Sapito, cargados de sabiduría. Entonces el Duende cerró su escuelita hasta otro día.

LAS FLORES



Aún no había terminado el largo invierno en el bosque, y aún solía llover, cuando empezaron a florecer los almendros y los duraznos salvajes. Parecían nubes blancas y rosadas, enredadas entre las ramas sin hojas. En la hierba, se abrían también algunas flores pequeñas. La flor “ojo de niña” había perdido mucho tiempo durmiendo debajo de la tierra, y para recuperarlo, hacía girar su ojo azul en el aire, encontrando todo muy divertido. Justo debajo de su corola, estaba el hongo del Duende Melodía, que todavía estaba invernando.

La Hormiguita Cantora, al sentir el delicioso olor a flores, salió del hormiguero y corrió a despertar a su amigo, diciéndole que estaba bueno que abriera su escuelita y tocara la campana para despertar a los alumnos.

El Duende se demoró en abrir, porque con el largo invierno se había puesto flojo y dormilón. Bostezando, saludó a su amiga:

–¡Aah! ¡Hacía mucho tiempo que no te veía, Hormiguita! ¿Cómo has pasado el invierno?

–Lo he pasado
abrigadita
y sin mover
ni una patita.

–Yo también –dijo el Duende, sonriendo satisfecho, y estirándose para desprenderse de los restos de sueño que aún le quedaban–. ¿Pero crees que puedo abrir la escuelita?

La Hormiguita le aseguró que el mejor tiempo para ir al colegio era el de las flores. Entonces el Duende tocó la campana para despertar a sus alumnos.

Las Cucarachitas, después de un largo rato, estiraron una patita y, al rato todavía, abrieron un ojo. Después de una hora, empezaron a caminar por sus cerradas casas. La Cucarachita mayor dijo:

–Está sonando la campana del colegio... ¿Habrá terminado ya el invierno? Asomemos la cabecita para afuera...

Se asomaron las Cucarachitas y, al ver las flores, salieron corriendo felices hacia el hongo.

El Sapito oyó también las campanas y saltó del agua, chorreando y arrastrando plantas verdes entre sus patas, tanto tiempo había estado sumergido. Dio varios saltos, y dijo:

–¡Qué divertido! ¡Llegó la primavera! Hace tiempo que no veo a nadie, porque para no mojarme con la lluvia no salía del agua. ¡Me voy a ir saltando a la escuela!

Saltando, saltando, el Sapito se dirigió al hongo del Duende. Se le habían olvidado la letras y todo lo que había aprendido con las largas vacaciones.

La que más se demoró en despertar fue la Mariposa, que estaba acurrucada en su abrigado capullo. Le costó mucho saltar de su tibia cama y echar para atrás su rica frazada de lana. Más le costó abrir las hermosas alas, que tenían colores nuevos y brillantes. Después de mucho estirarse, se echó a volar, y, en vez de ir al colegio, se fue a las flores. El Sapito la encontró al pasar, parada sobre la flor “ojo de niña”, y al oír que la Mariposa no quería ir a la escuela, se fue muy escandalizado a decírselo al Duende Melodía, porque era un sapo acusete. Las Cucarachitas, que venían llegando al hongo, se escandalizaron al oír que la Mariposa no quería aprender. Pero la Hormiguita salió en su defensa, cantando:

–No es nada de raro
que a la Mariposa
le gusten las flores,
las flores hermosas.
Duende Melodía,

enséñanos flores
para que sepamos
cosas de colores.

Al Duende le pareció muy bien la idea de la Hormiguita, y mandó al Sapito a buscar a la Mariposa, porque ella era la más indicada para enseñar flores. Cuando la Mariposa supo que ella sería la profesora, no tardó ni un segundo en llegar al hongo. El Duende la hizo pararse junto a él, y le advirtió:

–Tú enseñarás solamente, los castigos los daré yo, porque tú no tienes criterio.

–¿Qué es criterio? ¿Es algo importante?

–Muy importante –dijo el Duende–. Los que tienen criterio saben siempre cuándo deben y cuándo no deben hacer las cosas.

Muy conforme, la Mariposa empezó la clase de las flores. Abrió y cerró las alas y dijo:

–Les voy a enseñar el rosal. El rosal tiene raíces, un tronquito y ramas. Es un arbusto, porque es más chico que un árbol. Las flores del rosal se llaman rosas.

–Muy bien –dijo el Duende–. Estás muy científica. Continúa.

–Es que no sé más, señor Duende –murmuró la Mariposa, batiendo las alas.

–¿Qué clase de profesora eres entonces? ¿No conoces más flores que las rosas?

–No, no conozco otras, porque yo soy una Mari-

posa muy fina.

El Duende dijo que llamaría a otro profesor, y paseó la mirada por la clase. El Sapito se puso nervioso, y gritó:

–¡Yo no conozco las flores, sino las raíces!

–Muy interesante –dijo el Duende–; ven aquí adelante.

El Sapito no necesitó que se lo dijeran dos veces, porque de un solo salto se puso al frente de la clase, y dijo:

–Las raíces son igualitas a las ramas, pero no tienen hojas y están debajo de la tierra. Son de color blanquecino y tienen unas boquitas por donde chupan el agua y alimentan a la planta hasta la punta de las ramas, de las flores y los frutos.

–Muy bien. Ahora falta que la Cucarachita nos diga lo que sabe –gritó el Duende, entusiasmado con la sabiduría de sus alumnos.

La Cucarachita se sentó sobre sus patas de atrás y dijo, muy orgullosa:

–Yo sé de semillas. Las semillas guardan en una cajita muy pequeña, hierbas, arbustos y hasta árboles inmensos. Las semillas se siembran en la tierra, y con la humedad se rompen y dejan salir la plantita que guardan adentro.

–Muy bien –aplaudió el Duende–; continúa.

–Una vez yo me comí una semilla de rosa, para ver si me ponía más bonita, pero seguí tan negra y tan fea como antes.

Todos rieron, pero el Duende ordenó silencio, y preguntó:

–¿Cómo son las semillas por dentro?

–Son oscuras, como una cajita. Algunas tienen comida muy rica, como los piñones. Otras son duras, y otras son amargas.

La Mariposa, que había escuchado con mucha paciencia, no aguantó más y lanzó un sonoro bostezo.

–Esta clase está muy aburrida –dijo–. Las Cucarachas tienen muy mal gusto.

El Sapito también bostezó, y como tenía una boca tan grande, casi se tragó a la desprevenida Mariposa, que se apresuró a correrse más lejos, muy enojada.

–¡Calma! –gritó el Duende–. ¡No se coman! La Hormiguita Cantora nos cantará algo divertido, y ustedes bailarán.

Todos se pusieron felices, y la Hormiguita les cantó la ronda de las flores:

–La mariposa a la rosa,
la cucaracha al laurel,
a los lirios el sapito,
yo me voy con el clavel.
Yo me voy con el clavel,

para bailar en el aire
una ronda colorada,
una ronda con un baile.
Una ronda con un baile,
la rosa con el laurel,
el lirio con la violeta,
y todos con el clavel.

Con esto terminó la clase, y los alumnos prometieron volver en un mes más, para dar el debido descanso a sus cabezas.

EL CUMPLEAÑOS DE LA REINA

Se acercaba el cumpleaños de la Reina de las Hormigas, y la Mayordoma había ordenado preparar los regalos y la fiesta, en gran secreto, como todos los años. Aunque la Reina se sabía los regalos de memoria y conocía muy bien las carreras y cuchicheos que precedían a su fiesta, la Mayordoma era intransigente en cuanto al secreto.

–Es de muy mal gusto y contrario al protocolo que la Reina se entere de que estamos preparando su cumpleaños –decía con su voz pituda y mandona.

–¿Protocolo? –preguntaban las pequeñas hormigas–. ¿Qué es protocolo?

Entonces la Hormiguita Cantora les explicaba:

–Protocolo, protocolo es secreto y etiqueta.

Es hacer las reverencias y tener las patas quietas.

Oyendo esto, las pequeñas hormigas se ponían muy serias, pensando que tener las patas quietas era lo más difícil de todo.

La Hormiguita estaba preocupada pensando en el regalo que había de hacerle a la Reina. Decía:

–Yo quiero hacerle
un regalito,
que sea nuevo,
fino y bonito.

Fue a pedirle consejo al Duende Melodía, que estaba muy ocupado barriendo su casa. Envuelto en una nube de tierra y pelusas, saludó a la Hormiguita, con su alegría de siempre:

–Buenos días, Hormiguita Cantora. ¿Qué te trae por aquí?

La Hormiguita le explicó que necesitaba hacerle un regalo a la Reina para su cumpleaños. El Duende se puso un dedo en la nariz, para pensar mejor.

–La Reina, ¿tiene pañuelos? –preguntó.

–Sí, tiene –contestó la Hormiguita.

–¿Tiene perfumes?

–Sí, tiene.

–Y... ¿polvos para la cara?

–También tiene.

–Bueno, bueno –dijo el Duende–; difícil será entonces encontrarle un regalo.

Los dos se sentaron en el suelo a pensar. Una, retorciéndose las antenas; el otro, pellizcándose la nariz.

En esto pasó frente al hongo una Mosquita de

San Juan*, con su capa colorada con puntos negros. Al ver a la Hormiguita y al Duende tan pensativos, les preguntó en qué podía ayudarlos.

–Ayúdanos a pensar en un regalo para la Reina de las Hormigas, cuyo cumpleaños se acerca –pidió el Duende.

–Eso es muy fácil –contestó la Mosquita–; a mí se me ocurre que uno de los maravillosos tejidos de la señora Araña le gustará mucho a la Reina.

–No, no, ni pensarlo,
nos cuesta muy caro;
la señora Araña
tiene un genio raro,
y puede comernos
en un gesto avaro.

–contestó la Hormiguita, estremeciéndose de miedo.

–Sí, tienes razón –murmuró la Mosquita; y se sentó junto a ellos a pensar también en un regalo para la Reina.

De pronto un zumbido llenó el aire y apareció junto al hongo una Abeja, con sus patitas cargadas de polen. Se detuvo a descansar un momento, y vio a la Hormiguita Cantora, al Duende y a la Mosquita muy pensativos y silenciosos, sentados en el suelo. Con curiosidad les preguntó:

–¿Qué hacen tan callados y tranquilos? ¿Acaso se puede perder el tiempo en esta forma?

* En Chile, “Chinita”.

–¡Ay, Abeja –suspiró el Duende–, estamos pensando qué le vamos a regalar a la Reina de las Hormigas, cuya fiesta se acerca!

–Eso es muy fácil –zumbó la Abeja–. Regálenle un canastito para ir a las compras.

–¡Pero si la Reina no sale de compras! –gritó el Duende, escandalizado–. ¿Dónde has visto que una Reina salga a comprar?

–De veras –reconoció la Abeja.

Como no se le ocurrió ninguna otra cosa, se sentó con ellos a pensar.

Al cabo de un rato, pasó junto a los cuatro pensadores una Mariposa. Venía tan orgullosa de la hermosura de sus alas, que tropezó con el Duende y se le cayó un poco de polvo de oro.

–¡Oh! ¿Qué hacen aquí, sentados en silencio? ¡Nunca me hubiera imaginado que cuatro personas podían estar juntas y calladas! –gritó.

–Así es –contestó el Duende–. Tú no conoces nuestro problema. Estamos pensando qué regalo se le puede hacer a la Reina de las Hormigas.

–¡Un espejito de oro para que contemple su belleza! –gritó la Mariposa–. ¡Eso deben regalarle!

–Mi Reina ya tiene
espejos de más,
donde ella contempla
su belleza real.

Pero he de decirte,
y esto es la verdad,
que ella lo hace
sin gran vanidad.

Y luego de cantar esto, la Hormiguita se mordió una patita, por haber sido indiscreta con la Mariposa, haciéndole notar su vanidad. Pero la Mariposa fingió no oírla y se sentó con ellos a pensar qué podían regalarle a la Reina. Cuando más silenciosos y pensativos estaban, que ya parecía poder tocarse el aire en torno a ellos, como si los rodeara un cristal, apareció a los pies del Duende Melodía la cabeza blanca de un Gusano, que había resuelto salir por allí.

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¿La reunión de los cinco grandes? —gritó con voz aguda—. ¿Es que quieren salvar al mundo pensando?

—Mira, Gusano —dijo el Duende, algo picado—, es mejor que no te metas con nosotros. Conocemos bien tus ideas rastreras y negativas y no queremos oírlas en este momento.

—¿Pero qué están pensando? Debe ser algo importante —insistió el Gusano, sacando medio cuerpo fuera de la tierra.

—Muy importante —dijo la Mosquita de San Juan, sin perder la compostura—. Estamos pensando en un regalo para la Reina de las Hormigas.

–¡Ah!, creo que yo puedo ayudarlos –dijo el Gusano, terminando de salir del agujero.

–¿Qué sabes tú? –preguntó la Mariposa.

–¡Si nos molestas mucho, te picaré! –zumbó la Abeja.

–Vaya, vaya, se han enrabiado de tanto pensar –dijo el Gusano, mirando a cada una–. Creo que mi idea es buena, porque yo siempre he soñado que me regalen algo así.

–¡Lo que sueñas tú no tiene nada que ver con lo que pueda gustarle a la Reina de las Hormigas! –gritó el Duende, enojándose de veras.

Todos encontraron que el Gusano era un insolente. Pero tanto insistió en contar su idea, que al fin aceptaron escucharlo.

–Yo siempre he soñado tener un par de alitas –suspiró el Gusano–, y creo que a la Reina no le disgustaría poseer un par de pequeñas alas transparentes, que la sostuvieran en el aire. ¡Es tan doloroso estar siempre pegado a la tierra!

Un silencio admirado acogió las palabras del Gusano. La Mariposa fue la primera en interrumpirlo:

–¡El Gusano tiene razón! ¡Es maravilloso tener alas y volar!

–Con un par de alitas, el trabajo se hace más liviano y cunde mucho el tiempo –dijo a su vez la Abeja.

–Eso es, eso es, una Reina debe tener un par de alas –aprobó la Mosquita de San Juan.

El Duende se volvió a la Hormiguita para preguntarle su opinión, y ella dijo:

–Un par de alitas

está muy bien.

¿Pero de dónde

las sacaré?

Todos quedaron sin saber qué contestar, pero el Gusano dijo:

–Es muy fácil encontrar un par de alas bonitas... –y lanzó una mirada a la Mariposa. Al oír esto, la Mariposa alzó el vuelo sin decir ni adiós, y no tardaron en seguirla la Abeja y la Mosquita. Entonces el Duende echó al Gusano por mal educado, y los dos con la Hormiguita se quedaron mirando cómo se metía en su agujero. Al ver a la Hormiguita tan preocupada por el regalo de la Reina, el Duende la consoló diciéndole que él fabricaría un par de alas con su magia. Así diciendo, el Duende se metió la mano al bolsillo y sacó un par de tijeras; cortó un poco de aire, lo cosió con hilo de plata y la Hormiguita tuvo en sus manos el más bello par de alas del mundo. Y cuando llegó el cumpleaños de la Reina, no hubo regalo más hermoso ni más celebrado que el par de alitas con que soñaba el Gusano.

EL FAROLITO DE LA LUCIÉRNAGA



A fines del verano, todo el bosque entra en gran actividad. Las abejas vuelan de flor en flor, juntando la miel para el invierno. Las hormigas van y vienen, cargadas de alimentos. Los gusanos se hacen delicadas casas de seda para dormir aquellos largos meses de lluvia. Las golondrinas se preparan para un largo viaje, hacia los países cálidos. En fin, todos trabajan para pasar el invierno lo mejor posible. Hasta la bella Mariposa, a pesar de su frivolidad, estaba muy atareada preparando un blando capullo en unas hierbas vecinas al hongo donde vivía el Duende Melodía.

Cuando el Duende vio cómo trabajaban todos sus amigos del bosque, le dieron ganas de hacerlo también, y puso en la puerta de su casa un letrero que decía: “Se arreglan zapatos”. Se sentó a esperar que llegaran clientes, y mientras tanto pensaba:

“Por un par de zapatos cobraré una nuez. Por dos pares, dos nueces. Iré llenando mi despensa y en el invierno lo pasaré muy bien. Las cáscaras me servirán de leña. No desperdiciaré nada”.

Estos pensamientos lo pusieron muy alegre, y sacando una flauta de su bolsillo, se puso a tocar una vieja melodía que tenía tres notas.

De pronto, el Duende oyó un gran ruido que se venía acercando, acercando, como si un ejército avanzara. El ruido se detuvo justo frente a su puerta.

—¿Quiénes son? —preguntó, pensando muy satisfecho que afuera debían estar parados varios clientes. Se apresuró a abrir. Con gran sorpresa, encontró a un solo cliente, parecido a un largo gusano, pero con muchos pies, calzados con duros zapatos.

—Yo soy, señor Duende, yo soy el Ciempiés —dijo el extraño visitante con voz ronca.

—¿Podría decirme qué se le ofrece? —preguntó el Duende, amablemente.

—Quiero que me arregle los zapatos.

—¿Cuántos pares? —siguió preguntando el Duende, mientras miraba los numerosos zapatos que calzaba su cliente.

—Quiero que me arregle todos los zapatos, los cincuenta pares, ni más ni menos.

Diciendo esto, el Ciempiés comenzó a sacarse los zapatos y a amontonarlos frente a la puerta del hongo.

—¡Cincuenta pares de zapatos! ¡Qué horror! —gritó el Duende, verdaderamente espantado.

—¿Qué culpa tengo yo de tener tantos pies? Se acerca el invierno y tengo que estar bien preparado

para no resfriarme –dijo el Ciempiés, descalzándose la última pata.

Al ver aquel cerro de zapatos, el Duende trató de protestar, muy afligido:

–Pero es que me demoraré lo menos un mes...

–Eso sí que no, señor Duende; me los tiene que tener listos de aquí a tres días, porque puede llover de repente. ¿Qué haría yo andando descalzo?

–¡Tenérselos listos en tres días! ¡Es imposible!...
–gritó el Duende, con desesperación.

–Si no me los tiene listos en tres días más, sabrá de qué manera el Ciempiés apura a la gente.

Y luego de lanzar al Duende una mirada amenazadora, el Ciempiés se alejó, esta vez sin ruido, porque iba descalzo.

Muy afligido, el Duende guardó su flauta y sacó martillo, clavos y el pie de cabra. Luego de despejar su puerta, se puso a trabajar.

Al llegar la noche, sólo tenía terminados diez pares de zapatos. Cogiéndose la cabeza a dos manos, el pobre Duende gimió:

–Tengo diez pares listos y me faltan cuarenta. ¿Qué voy a hacer? Tendré que trabajar de noche, y lo único que tengo para alumbrarme es un pedacito de madera... ¡Ah, ya sé! Le pediré a la señora Luciérnaga que me preste su farolito. Es la única solución.

El Duende se puso un abrigo y salió para el bosque. El viento de la noche suspiraba y gemía entre las ramas. El silencio era tan grande que se oía crecer las hierbas. Después de caminar un buen rato, llegó a un tronco viejo donde vivían las luciérnagas. Trepó muy apurado y se acercó a una Luciérnaga algo vieja, que tenía un hermoso y brillante farol.

–Buenas noches, señora Luciérnaga –saludó el Duende amablemente.

–Buenas noches. ¿Qué se le ofrece?

–Vengo a proponerle un negocio.

–¿Un negocio? ¿Qué será?

–Présteme su farolito por tres días y en cambio yo le daré una nuez.

–¿Prestarle mi farolito a un desconocido? ¡Imposible! Además, ando buscando casa para pasar el invierno y tengo que verla bien para que no tenga goteras.

–Pero –gimió el Duende–, ¿y si le doy tres nueces?

–Ni a cambio de diez, porque he de advertirle que las nueces no me gustan.

Diciendo esto, la señora Luciérnaga se metió en un hueco del árbol viejo y examinó prolijamente sus paredes, alzando el codiciado farolito. Cuando terminó su examen, salió sonriendo:

–Este hueco es exactamente lo que necesito. Dejaré aquí mi farolito como señal, mientras voy a buscar mis cosas.

El Duende tuvo entonces un mal pensamiento, que no rechazó: apenas la Luciérnaga le dio la espalda, se apoderó del farolito y partió corriendo sin que nadie se diera cuenta de su mala acción. No paró hasta que llegó a su casa. Una vez adentro, colgó el farolito del techo, y sin mayores remordimientos, se puso a trabajar. Mientras martillaba, cantaba con voz desabrida:

–Ají, ajó,
trabajo yo.
Con un clavito
y un martillito.
Ají, ajó,
trabajo yo.

Hacia el amanecer tenía listos otros diez pares de zapatos. Entonces escondió el farolito en la despensa y, después de comerse unas raíces dulces, se fue a dormir.

Despertó bastante entrada la mañana con el canto de la Hormiguita Cantora que venía a saludarlo:

–Duende Melodía,
abre ya tu puerta,
que con bellos cantos
la tierra despierta.

El Duende saltó de su cama más que ligero, y echó agua a la jofaina para lavarse la cara.

–Ya voy, Hormiguita, me estoy lavando la cara
–gritó, dando tiritones.

La Hormiguita volvió a cantar:

–Tengo una noticia
muy triste y muy mala.

Una mariposa
la trajo en sus alas.

El Duende se asomó a su ventanita preguntando qué noticia sería. La Hormiguita, haciendo gestos de horror, le contó:

–A una Luciérnaga
alguien le ha robado
ese farolito
que lleva colgado.

El Duende preguntó muy asustado:

–¿Y la Luciérnaga sabe quién puede ser el ladrón?

–Dice que fue un duende
que en el bosque andaba
pidiendo y pidiendo
una luz prestada.

–¡Qué raro! –dijo el Duende con hipocresía–; nosotros los duendes somos personas honradas en general.

La Hormiguita, después de ofrecerle ayuda para lo que quisiera, se fue a trabajar.

El Duende no quedó tranquilo, y se sentía lleno de remordimientos.

A media tarde, un gran Predicador* pasó frente al hongo, disfrazado de hierba. Venía buscando al ladrón

*En Chile, “Palote”.

del farolito. Cuando el Duende lo vio, dio un respingo en su sillita de paja y cantó más fuerte que nunca:

–Ají, ajó,
trabajo yo.

El Predicador se asomó por la puerta del hongo, y dijo con voz suave:

–Da gusto verlo trabajar, Duende Melodía.

El Duende dio otro respingo y preguntó:

–¿Qué anda haciendo por aquí, señor Predicador?

–Ando buscando al ladrón del farolito para llevármelo preso...

El Duende empezó a temblar:

–¿Y... usted cree que el ladrón anda por aquí cerca?

–Yo creo cualquier cosa, Duende Melodía. Se sospecha de los duendes en general.

–¿De los duendes? ¡Es una insolencia venir a decírmelo en mi propia cara! ¡Salga de aquí! –gritó el Duende, tratando de disimular su espanto.

–Ya me voy, pero tenga mucho cuidado –sentenció el Predicador, mientras se alejaba moviendo la cabeza.

En cuanto quedó solo, el Duende se puso a temblar tan fuerte, que se cayó de la silla. Prometió devolver el farolito a su dueña apenas terminara los zapatos.

Trabajó duro y parejo los tres días y las tres noches, y cuando el alba de su última vigilia alumbró las rendijas de la ventana, el Duende clavó el último clavo, dando un suspiro de alivio.

—¡Por fin terminé! Ahora, a dejar el farolito en alguna hierba, para que lo encuentre su dueña.

Se metió el farolito debajo del brazo, abrió muy despacio la puerta de su casa y miró hacia todos lados para ver que no hubiera nadie. Salió en puntillas, escondiéndose entre las hierbas, y ya se creía salvado, cuando se encontró de manos a boca con su amiga, la Hormiguita Cantora. Dio un grito de espanto, y la Hormiguita, al ver lo que llevaba debajo del brazo, dijo con enojo:

—Qué feo, qué feo,
que mi duendecito
se haya robado
ese farolito.

—¡No, eso sí que no! ¡Yo no me robé el farolito, lo tomé por tres noches, porque la Luciérnaga no me lo quiso prestar!

La Hormiguita dijo que eso estaba muy mal hecho, porque nunca se debía tomar lo ajeno sin permiso de su dueño.

El Duende agachó la cabeza, arrepentido, y dijo:

—Es verdad, amiga mía, nunca más volveré a hacerlo. Pero, por favor, no me acuses al Predicador ni a la Luciérnaga, porque me llevarán preso.

La Hormiguita contestó con dignidad:

—Duende Melodía,

no soy acusete,
y no diré nada
si tú me prometes
que nunca en tu vida
vas a ser metete.

Nuestros dos amigos partieron en busca de una hierba alta que se divisaba por ahí, y entre ambos colgaron el buscado farolito, bien a la vista, para que la Luciérnaga no tardara en encontrarlo. Después se alejaron rápidamente, pensando que nadie los había visto. La Luciérnaga no tardó en recuperar su luz, con alegría de todo el bosque. Ninguno de los animalitos supo explicar de qué modo apareció el farol. Sólo el Predicador conocía este secreto, porque él y no otra cosa era la alta hierba que la Hormiguita y el Duende usaron para colgar la luz de la Luciérnaga. ¿Y saben ustedes por qué guardó este secreto el Predicador? Porque tenía muy buen corazón, y al ver al Duende tan asustado y arrepentido, no quiso llevárselo preso.

El Duende entregó al Ciempiés los cincuenta pares de zapatos que tantas penurias le habían costado. Y el Ciempiés le tapó la puerta del hongo con cincuenta robustas nueces, que consolaron al Duende de todo lo que había sufrido. Pero como él era una persona agradecida, le molió varias nueces a la Hormiguita Cantora, que lo había librado de caer preso por su buena amistad.

Como ya tenía la despensa llena, el Duende sacó el letrero que decía: “Se arreglan zapatos”. Y mientras contemplaba satisfecho su rica provisión de nueces, pensó con alegría que podría ayudar a más de un animalito hambriento en el largo invierno que se acercaba.

BREVE BIOGRAFÍA
DE ALICIA MOREL



Nació un 26 de julio. Su madre la encontró muy fea; era su primer hijo y tenía otra idea de los recién nacidos.

Cuando tuvo tres meses, la dejaron bajo la higuera que daba sombra al tercer patio de la casa de los abuelos; pescó un buen resfrío; algunos pensaron que bajo el árbol mágico que florece en la noche de San Juan, adquirió también la costumbre de contar cuentos.

De pequeña, Alicia estaba convencida de que las casas volaban. Se contó una historia cuando oyó decir que si reventaba el calentador del agua, la casa volaría. Una mañana de niebla en que el mundo exterior había desaparecido, creyó que la casa estaba entre las nubes flotando. Le pareció normal que nadie comentara algo que se daba por hecho. Lo natural era que las casas volaran y luego descendieran con lentitud en el sitio acostumbrado.

Un segundo cuento se refería a los temblores. Imaginó unos grandes pájaros oscuros que avanzaban por el cielo para mover la casa. Asomábase a las ventanas con su hermano pequeño y con nerviosos gritos anunciaban: “¡Allá vienen los temblores!”. Por cierto, nadie les hacía caso; pero algunas noches las ventanas y las puertas golpeaban ruidosamente, mientras la casa iniciaba una danza bamboleante. Los mayores se asustaban mucho; los niños también, pero no de los temblores, sino del susto de los grandes.

A medida que fue creciendo, le sucedieron algunas magias. Solía entrar a unos templos chinos tallados en el tarjetero de marfil que tenía su madre encima de la mesa. Los templos subían y bajaban colinas, y unos monjes se acodaban en las ventanas bajo delicados sauces. Nadie le impidió entrar a los oscuros recintos de los dioses chinos.

Una mañana muy temprano, brotó de su sueño un ave de brillantes colores que picoteó el suelo, al pie de su cama, durante largo rato. Alicia no se atrevió a levantarse para que no escapara como los pájaros

de los jardines. El ave misteriosa desapareció cuando abrieron los postigos de la ventana.

Varios hechos influyeron en su imaginación: un eclipse de sol en medio del campo, que hizo salir estrellas y silenció a los pájaros. Sopló un aire frío y una oscura amenaza bajó del cielo. Descubrió que la noche del sol podía ser definitiva; en cambio, la noche de la tierra estaba llena de ojos brillantes, cantos de grillos y sapos, lejanos ladridos. Si uno tenía miedo a causa de la profunda oscuridad de las noches de antaño, venían personas mayores con una luz o alzando una vela sobre sus cabezas, haciendo huir grandes sombras por las paredes.

Las ceremonias de la naturaleza se celebraban en familia: puestas de sol, salidas de la luna, contemplar estrellas y saber sus nombres, gozar con el cambio de las estaciones.

Ningún juego actual iguala a la maravilla de saltar y esconderse en los montones de paja, esas montañas doradas que permanecían en los campos luego de la cosecha de trigo; ni al juego de colocar paralelos

los espejos de un gran ropero que, al enfrentarse, creaban un pasillo infinito. ¿Qué de sueños no tuvo Alicia, viendo repetirse su imagen y la de los espejos hasta oscurecerse? Ella sabía que continuaban más y más allá.

Los miedos también fueron distintos: historias de aparecidos y ánimas en pena se contaban al llegar la noche. Los niños soñaban con fantasmas que los perseguían, sufrían pesadillas semejantes a las que ahora provocan las imágenes de la televisión. La diferencia estaba en que cada niño creaba sus propios fantasmas, que más tarde podía domesticar. Desde que Alicia leyó en el *Tesoro de la Juventud* sobre Pompeya, la ciudad sepultada por la lava y la ceniza del Vesubio, tuvo un temor constante a los respetables volcanes chilenos. A comienzos de los años treinta, entraron en erupción los de la zona central, produciendo temblores suaves que durante la noche estremecían las puertas, como si todas las ánimas en pena hubieran salido de los cementerios a rondar a los vivos. Días y noches de terror. Una mañana, en el colegio, Alicia vio cubrirse el patio de baldosas rojas con una leve capa de ceniza, traída por el viento. Fue su Pompeya.

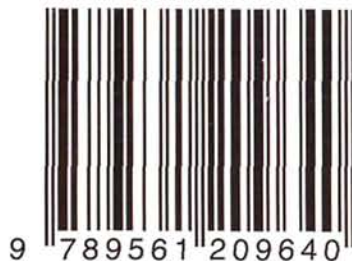
En 1940 publicó el primer libro, gracias a su padre y a un amigo mayor que lo sugirió: *Juanilla, Juani- llo y la Abuela*. Contiene las alegrías y miedos de su infancia, y las experiencias de vivir en medio de una naturaleza aún intocada por el hombre. Curiosamen- te, esta pequeña novela fue escrita bajo las higueras de la chacra que tenía su padre cerca de El Canelo, en el Cajón del Maipo, no muy lejos de Santiago.

Sí, las higueras le transmitieron visiones y leyen- das. Fueron algo así como sus hadas madrinas.



He aquí las historias de una hormiguita que cantaba en vez de hablar, y las de un viejo duende que juntaba sol para el verano. A ellas se añaden también las historias de muchos de sus amigos: del Sapito saltarín, de la luminosa luciérnaga, del Gusano mal educado, de la Mariposa buscadora de néctar... y de tantos otros personajes que pueblan la naturaleza.

Alicia Morel adquirió desde pequeña la costumbre de contar cuentos. La fantasía y la imaginación han acompañado siempre a esta escritora chilena que se crió en el campo, donde gozaba en familia de los cambios de la naturaleza. De esta última provienen sus ya famosos personajes de **La Hormiguita Cantora y el Duende Melodía** y de **Aventuras del Duende Melodía** (también publicado en esta misma colección).



CÓDIGO 49-3